

Cuando nos hayamos dado cuenta de que durante los últimos cien años casi todas las generaciones han creído estar al borde de la revolución tecnológica -ya sea la era del telégrafo, la de la radio, la del plástico, la nuclear o la de la televisión-, ojalá sea más difícil mantener el mito de que nuestra propia época es única y excepcional. Quizás eso incluso logre que los *solucionistas* no puedan recurrir a la retórica revolucionaria para justificar sus planes radicales ante el público. Cuando pasemos al mundo *postinternet* habrá pocas probabilidades de que nuestros expertos en tecnología (y tal vez algunos académicos) sigan proclamando que tal cosa es una revolución para luego irse así nomás, sin presentar sólidas pruebas empíricas, como si la revolución fuera tan obvia y no se necesitara de ellas.

[...] Recuerdo con claridad el estremecimiento que se siente cuando uno piensa que *Wikipedia* o las redes *P2P* o *Friendster* o *Skype* podrían y deberían aplicarse en todas partes. Se trata un set de martillos muy poderosos, y muchas personas —gran parte de ellas en *Silicon Valley*—mueren por oír: "¡A clavar!", sin que importe qué tenemos en frente. Creer que uno está viviendo una revolución y tiene la clave de cómo se desarrollará es, lo confieso, bastante embriagador. Por eso es que puedo identificarme con esos pensadores de *internet* que se sienten por demás cómodos con el actual estado del debate, si bien no creo que pueda, perdonarlos.

Espero [...] haya demostrado que la mayoría de los teóricos de *internet* veneran a un dios imaginario que ellos mismos han creado, y viven en la negación. [...] Pensemos en un ejemplo de la que solía ser mi área favorita: ¿qué sentido tiene utilizar una idea como *libertad en internet* si la idea misma de *internet* es controvertida y llena de ambigüedad? [...] Si *internet* deja de considerarse una fuerza unificada que actúa sobre nuestro cerebro y nuestra cultura, cualquier explicación de los efectos de las tecnologías digitales sobre las neuronas o los libros tendrá que ser empírica y ocuparse de tecnologías y prácticas individuales incluyendo, tal vez, la evolución y el desempeño de esas prácticas en el pasado. Hasta ahora, no vemos nada que se le parezca; nos dicen que *la red* está rearmando nuestro cerebro, lo cual no es para nada un buen punto de partida para el debate. Después de todo, ¿qué pasa si está rearmando nuestro cerebro? ¿Qué deberíamos hacer con *la red*? Sirve muy bien para agitar el miedo, pero en seguida nos enredamos en un populismo barato.

[...] entonces también habrá una pequeña posibilidad de sostener un debate relevante sobre lo apropiado o no de las soluciones tecnológicas para determinado problema, pero también sobre la conveniencia de soluciones tecnológicas particulares. Cuando ya no podamos rechazar de lleno la tecnología, tendremos que explicar por qué algunas soluciones son mejores que otras. Si esto nos obliga a pensar y hacer preguntas, entonces es una tarea meritoria en sí misma.

La tecnología no es el enemigo; el enemigo es el solucionador de problemas romántico y revolucionario que la habita. No podemos hacer nada para domar a esa criatura, pero podemos hacer mucho para domar a su arma favorita: *internet*. Hagámoslo mientras podamos: sería demasiado irónico si la humanidad muriera en el cruce de fuego, justo cuando los que pretenden solucionarlo todo intentan transportar a esa misma humanidad a un mundo sin problemas.

Evgeny Morozov
La locura del solucionismo tecnológico